

## IN MEMORIAM

Julio Caro Baroja (1914–1995)



Julio Caro Baroja nació en Madrid en un ambiente familiar que no podía ser más propicio para las dotes de intelectual que poseyó y manifestó desde su juventud: su padre, Rafael Caro, fue impresor y editor, sus tíos Pío y Ricardo Baroja, novelista y pintor respectivamente, y su madre Carmen Baroja, que le orientó en lecturas y en el estudio.

Años después, Julio Caro Baroja, una vez terminada la carrera de Filosofía y Letras, orientó sus estudios hacia la Arqueología bajo la tutela de don J. M. Barandiarán, estudios que pronto unió a los de Etnografía, y que se plasmarían en sus primeros libros dedicados al ámbito del País Vasco cuyo conocimiento le era familiar, desde niño, como *Tres estudios etnográficos relativos del País vasco*, 1934, *Algunos mitos españoles, (Ensayos de mitología popular)* (1941), *La vida rural en Vera de Bidasoa* (1944)... Y tras la asimilación y análisis de las principales corrientes antropológicas que dominaban el panorama científico de la primera mitad del siglo XX, y la asistencia a cursos en Oxford, Julio Caro Baroja continuó realizando una serie de obras en las que poco a poco se fue aproximando a la realización de una síntesis del pasado español desde sus formas culturales, como se puede ver en *Los pueblos de España*,

(1945), con lo que poco a poco se fue separando del trabajo arqueológico y del prehistórico, al tiempo que profundizó en diferentes aspectos culturales de las distintas sociedades que poblaban la península Ibérica, en la antigüedad,

Pero la valoración del tiempo como elemento propulsor de la existencia humana y, en consecuencia, como devenir, y ser el soporte de las actuaciones de los seres humanos, le condujo a participar del planteamiento teórico que muy pronto le hizo asumir unos presupuestos teóricos que quedaban distantes, cuando no separados, de los puramente dogmáticos en que se sustentaba la doctrina funcionalista que en aquellos momentos había llegado a imponerse en el panorama científico, lo que por su parte, y haciendo uso de una gran libertad, comenzó a realizar una larga serie de estudios en los que lo descriptivo se sostuvo en una visión enraizada en lo que había sido el devenir que lo condicionaba, lo que propició que elaborara una obra singular y ambiciosa por la que, sobre una concepción de la vida espiritual, llegó a estructurar e impulsar una revisión del pasado español y las consecuencias que había tenido en el presente, y con ello, saber en profundidad del auténtico significado de los hechos históricos, así como el comportamiento de los españoles tanto como individuos y como seres pertenecientes a una sociedad.

Pero todo cuanto apuntamos, a su vez, implicaba una revisión general de lo español, y lo fue desde lo que quedaba comprendido bajo la denominación de la vida material hasta la presencia e influjo de las instituciones del poder, así como de las doctrinas políticas y religiosas que en cada momento histórico fueron dominantes.

Y junto a todo lo apuntado, así mismo, se deberían tener en cuenta las actuaciones de las minorías sociales con una valoración certera de la incidencia de los ritos que se hacían presentes en toda su complejidad desde una exposición que aspiraba a ser suficiente y limpia de opiniones y, sobre todo, de intereses del orden que fuese.

Por ello, debemos decir que con Julio Caro Baroja estamos ante un intelectual que se sintió dominado por una curiosidad abierta y fecunda, liberada de comedimientos y fronteras, que estuvo guiada por una intuición fundada en unos conocimientos y saberes múltiples asentados hasta extremos difíciles de imaginar, lo que le condujo a ser un intelectual más propio de un tiempo pasado, diríamos del siglo XVIII, que de aquel que le correspondió vivir pues en su persona debemos apreciar una larga serie de condiciones que le hicieron ser un antropólogo, un historiador, un investigador en archivos, un etnógrafo teórico cuando debía serlo y un etnólogo con sus correspondientes investigaciones de campo, un pensador, un memorialista, un historiador de la literatura y un lingüista, un dibujante..., y, sobre todo ello, un escritor esclarecedor por sus dotes de observación y capacidad de síntesis de miles de conocimientos y referencias que utilizó con sagacidad, tras dejar a un lado disquisiciones inoperantes cuando no vacías con pretensiones de ser una exposición o definición últimas para adentrarse en el mundo de las ideas, y todo ello fue posible por ser un hom-

bre en el que se asentaron largas series de condiciones que le posibilitaron percibir la vida y el mundo desde una libertad que le dispuso poder actuar siempre con una neta independencia.

Y junto a todo ello tuvo una vida familiar acogida por el abrigo que le prestó una casa singular, *Itzea*, y ser amigo de sus amigos, y es que en el fondo, lo que siempre guió esa curiosidad poderosa y justa que hemos consignado unas líneas atrás, fue el hombre que hay en los hechos y en las obras por muy importante que sean, lo que nos lleva a que recordemos que en cierta ocasión, cuando aludió a unos antropólogos de gran predicamento que había conocido, como Schmidt, Evans-Pritchard o Levi Strauss..., diciendo que sobre todo los recordaba como hombres muy poseídos de sí mismos, de su reconocida sabiduría, y de que, hasta sin quererlo, hubieran manifestado una voluntad decidida de ejercer una influencia en sus discípulos... y tras reconocer que *creo que hay que tomar una actitud crítica ante los métodos*, añadió, *pero para mí la clave del método está en la persona*.

Hoy, cuando contemplamos su obra increíble, verdaderamente enciclopédica, vemos que los temas por él analizados y tratados nos conducen a los más diversos estadios del pasado y presente español, como el de los moriscos, el de los judíos, el de los ritos festivos desde el carnaval hasta los de correr los toros, el de su mitología popular, el de la mente que guió a inquisidores y hombres y mujeres dominados por el dictado de una mentalidad mágica, al pasado más que complejo vivido por los pobladores de las tierras vascas, andaluzas, castellanas..., y todo desde una apreciación promediada de los hechos elaborada sobre una sagacidad palmaria y esclarecedora que le impulsó siempre a *ver en lo que es*, único presupuesto del que debe partir todo hombre de ciencia.

Su obra, hoy, más que un acopio ingente de materiales diversos, como podría parecer a algún científico que está impuesto en la última bibliografía *indispensable*, en el fondo, se presenta como una gran reflexión que traduce las preocupaciones de un hombre que, ante todo, pretendió saber en lo posible desde la libertad, de ahí el fondo ético y de limpio compromiso que su obra respira por todos sus poros.

Julio Caro Baroja, como su tío Pío Baroja, siempre supo que la primera condición que ha de poseer un historiador o un hombre de letras, es la de ser fiel a sí mismo, la de ser sincero con las palabras que utiliza en su relato, y es de dicho modo porque la palabra del historiador y del literato nunca, en lo posible, deben ser *equivocas*, ya que en el caso del primero ha de esclarecer y en el del segundo sugerir e insinuar ya que el lector ha de actuar con ellas también, y es de dicho modo con independencia de que Demócrito, utilizando un símil visual, hubiera dicho que *las palabras son la sombra de los actos*, como lo son en aquellos casos en que antes que otra cosa se mira a las sombras que proyectan, y podemos vislumbrar en la utilización que de ellas hacen los políticos, pero ello no lo debe ser para el etnógrafo o el historiador que persiguen mostrar una realidad social, ya que antes que inclinarse a ver la sombra más o menos alargada que tienen los

hechos, se ha de contemplar el hecho en sí mismo, y en función de que lo sea de dicho modo ha de estar su respuesta.

La obra de Julio Caro Baroja nos evidencia la porfía que sostuvo con los hechos del pasado y de su presente, y con las palabras, y como tal es el fruto de su mirada escrutadora y limpia, pues no en vano *vio en lo que debía y tenía que ver*, antes que en sus sombras.

### UNAS PALABRAS SOBRE *EL SEÑOR INQUISIDOR*

*El señor inquisidor* es un valioso trabajo de Julio Caro Baroja publicado en 1968 que nos sirve para que podamos contemplar la intención que, como historiador, siempre le guió a la hora de mostrar un problema y de las respuestas que, a su vez, éste podía tener. Y es que, como tal problema, tenemos que decir antes que otra cosa, que nuestro autor hace frente en él al hecho del género de la biografía, un género que a lo largo de los siglos ha dado ocasión para que la posible *memoria* de la vida de distintos personajes haya venido a dar en relatos más o menos de ocasión, y es así como fácilmente podemos percibirlos a poco que nos dejemos guiar por unos ejemplos que de todos son bien conocidos, y tanto de la antigüedad como de nuestro siglo, y en los que vemos que unos personajes aparecen yendo y viniendo en su medio, mientras que otros son descritos desde hipótesis, por no decir desde presunciones más o menos felices e infelices, y hasta desde lo que se entiende por *el estado de la cuestión*, con lo que un personaje pasa a ser de todos y de nadie en una especie de ejercicio acumulativo, y hasta se han publicado *vidas imaginadas*.

Julio Caro Baroja, al tratar de las vidas de los inquisidores españoles, tuvo en cuenta el hecho de que como hombres que sostuvieron dicha institución político-religiosa, y desde su cabeza, podían ser contemplados, y tal como se había hecho, desde un ángulo que permitieran ser vislumbrados en lo que era una especie de común denominador que los uniformó y redujo en lo posible; y del mismo modo que se había podido hacer con un *caballero* o con un *tirano...*, o lo que es lo mismo que decir que lo fue desde la perspectiva que ofrecían los distintos arquetipos propios de una época pero, muy pronto, se tuvo que preguntar si ésto era tan válido como a primera vista pudiera parecer pues de repente, nos dice, *sale el documento que nos demuestra que, en efecto, hubo alguno o algunos inquisidores que no lo fueron tanto, pues hasta no faltó el que fue masón...*

Y aunque era verdad que en ocasiones el *arquetipo* podía más que el *tipo*, que el hombre de carne y hueso, llegando a entrar en él y hasta dominarlo para siempre, como se puede contemplar con numerosos ejemplos en su libro *Vidas mágicas e Inquisición*, donde no faltan casos de auténticos mitómanos.

Y con ello apuntado hay que decir que Julio Caro Baroja, como historiador, creyó que debía utilizar la biografía como lo que era y significaba, un medio

sumamente válido para ilustrar distintas etapas del pasado español, pero vistos desde la luz que prestan algunos juegos dialécticos con los que el historiador puede *hacer y deshacer*, siendo uno de ellos el hecho de que la mentira o, si queremos, la falsedad que presta el cargo a la hora de actuar, también puede servir para saber de los seres humanos en lo que han sido y en lo que han imaginado que son, y como tales actuaron: en el caso de los Señores Inquisidores, como en tantos otros, fue así, y sus vidas nos lo dicen una y otra vez.

Pero detrás de aquellas vidas hay una realidad histórica que alcanza la propia de la institución que los utilizó y que por ellos fue utilizada, después vinieron los apologistas y los y que la persiguieron y denigraron de todas las maneras imaginables, más eso es otra historia, también de otros hombres, también propia de seres arquetípicos.

*Francisco J. Flores Arroyuelo*